

¿Bullying o matones y bravucones?

J. Linaza (catedrático de la Universidad Autónoma de Madrid y profesor visitante de la Universidad Nacional de Piura)

Las trágicas muertes de varios niños y adolescentes peruanos, y el nuevo Compromiso Nacional contra el “bullying” al que se convoca a todos, también a los rectores de las universidades, me motivan a hacer pública esta pequeña reflexión sobre un fenómeno que, ni es reciente, ni afecta sólo al Perú. Y contra el que no podremos ser eficaces si no lo identificamos y reconocemos con claridad adultos y niños.

Hace ya años que el Prof. Peter Smith, comentó su preocupación por la gravedad de comportamientos infantiles que estaban lejos de ser un juego de peleas, su tema de investigación entonces, y resultaban verdaderas y graves agresiones de unos niños a otros, más indefensos. El desarrollo de todos los seres humanos muestra una compleja interacción de relaciones asimétricas y dependientes de los adultos, y relaciones entre niños o relaciones simétricas entre iguales. Las dos son necesarias para convertirnos en miembros adultos y responsables en nuestras sociedades. Pero a su vez, las relaciones asimétricas no son todas iguales. Los adultos, para ser eficaces en la crianza y en la educación de los pequeños, necesitamos ponernos en su punto de vista, intuir lo que necesitan, imaginar lo que quieren decir, más que lo que realmente dicen en su “media lengua”. Ese esfuerzo reduce la asimetría del adulto respecto al niño y le convierte en lo que los psicólogos llaman el “andamiaje” para crecer. Desgraciadamente, por siglos de división del

trabajo entre hombres y mujeres, éstas suelen ser mucho más eficaces que nosotros a la hora de este esfuerzo por entender, comprender y estimular el esfuerzo de todo niño y niña por crecer y hacerse mayor. Los varones tendemos a tratarles como “adultos en miniatura”, cuando no son eso sino criaturas, niños y niñas, con capacidades y necesidades diferentes a las de los adultos y, por eso, con derechos propios y específicos de la infancia, como hace años reconoció la ONU.

Tampoco las relaciones entre iguales son todas iguales. Interaccionar con otros niños y niñas es una necesidad básica, y un derecho, para poder crecer y llegar a ser un adulto capaz de incorporarse y participar con plenitud en la sociedad. Como en el caso de los adultos, las relaciones personales y sociales no son lineales, se construyen en medio de conflictos de intereses y alternan entre colaboraciones y oposiciones. Todas las sociedades humanas muestran conflictos. Pero no todos los modos de solucionarlos son iguales. La imposición, el abuso, la agresión arbitraria y sistemática es un modo de relacionarse que daña no sólo a la víctima, sino al agresor y a quienes lo presencian y toleran de modo pasivo.

Muchos de estos abusos se han producido en las sociedades humanas y, aunque hoy nos parezcan rasgos sólo del pasado, no debemos olvidar que fenómenos como la esclavitud (poder ser propietario de otro ser humano) o la Inquisición (arbitraria administración de la justicia) formaron parte de nuestra historia relativamente reciente y que otras, como la pena de muerte (decidir suprimir la vida de otro ser humano) sigue siendo una práctica jurídica para muchos millones de seres humanos en pleno siglo XXI.

En determinadas circunstancias, los niños también pueden comportarse de modo agresivo y violento. Llamarlo “bullying” ha sido una decisión de los mismos investigadores de habla hispana, y de otras lenguas, tratando de asimilar sus estudios a los que otros investigadores, como el mencionado P.Smith, llevaban décadas investigando. Pero eso lleva a mucha gente a pensar que es un fenómeno nuevo. Los niños y niñas peruanos les llaman “matones” “bravucones”. Ante esta convocatoria a un acuerdo nacional contra estos abusos ***necesitamos*** la participación de los propios niños y niñas porque, sin ella, ***el fracaso está asegurado***. Sencillamente los adultos no podremos controlar ni impedir unas agresiones que se dan, precisamente, en ausencia de los adultos (o cuando miramos hacia otro lado) y en situaciones en las que las víctimas ***no pueden dejar de asistir*** al lugar donde están esperándoles sus agresores. Es necesario que los ***espectadores*** dejen de serlo, que los mismos niños que presencian esos ataques dejen de ser colaboradores de esa violencia y puedan convertir en **miserables** a quienes hasta hoy se hacen pasar por **héroes bravucones y matones**. El término **matón** es mucho más ilustrativo de ese comportamiento que el **bully**, incomprensible para quienes son protagonistas de este fenómeno y tiene que serlo también de cualquier posible control en el futuro. Y, si hay que reivindicar el papel de niños y niñas en la percepción y actuación ante un problema grave de convivencia, también hay que reivindicar que el fenómeno **no es nuevo**. Que miles de peruanos han sufrido en su infancia el infierno de estos matones que les robaron la posibilidad de disfrutar de ella. La diferencia es que entonces no se hablaba de ello, ni sus muertes llegaron a la primera página de los periódicos.

Como en el caso de las agresiones machistas a las mujeres, que las leyes han convertido en objetivo prioritario de erradicación en países como México o España, su frecuente aparición en los medios de comunicación lleva a algunos a pensar que se trata de un **fenómeno nuevo**. Las víctimas saben muy bien la larguísima historia de esas agresiones.

Como el llamado **bullying**, esta violencia no es nueva, siempre está latente el peligro de que, en determinadas circunstancias, se siga produciendo. Y, sobre todo, no hay modo de afrontarla con eficacia si no es con la participación de todos los implicados: los niños que la sufren, la producen y la presencian y los adultos que no pueden seguir mirando hacia otro lado calificándolas como “cosas de niños”. Son, efectivamente, niños los implicados pero tienen derecho a que los adultos pongan límite a esos abusos y promuevan el único control realmente eficaz en las sociedades humanas: el que ejercemos unos sobre otros cuando nos percibimos como iguales.

Llamémosles por su nombre: matones. Recordemos los sufrimientos que vimos, sufrimos o infligimos en la infancia para poder entender y valorar seriamente lo que hoy llaman “bullying”, a sus víctimas y a sus verdugos. Y no abdicuemos de nuestra responsabilidad de adultos, en la familia, en la escuela o en la política. Las injusticias, aunque se pretendan ocultar, condicionan el futuro, el de todos.